

Lo que voy á trazar no es una historia, sino un plan especulativo, un cuadro intelectual de la revolucion.

Llenad el tiempo y el espacio con fechas, nombres, discursos, manifestos, proclamas, batallas, episodios, golpes de habilidad, evoluciones parlamentarias, venganzas, desafios etc. etc., y tendreis la revolucion en carne y hueso; tal como se ve en Buchez y en Michelet.

Por la vez primera el público juzgará del espíritu y conjunto de una revolucion antes de que se realice por completo: quién sabe las desgracias que hubiesen evitado nuestros padres, si, dejando aparte el azar, los hombres y los partidos, hubiesen podido leer con anterioridad su destino?

En mi exposicion tendré cuidado de recurrir en lo posible á los hechos y elegiré siempre entre estos los mas sencillos y vulgares: es el único medio para que la revolucion social, que no ha sido hasta aqui mas que una apocalipsis, se convierta en una realidad.

PRIMER ESTUDIO.

Las reacciones determinan las revoluciones.

I.

DE LA FUERZA REVOLUCIONARIA.

Así entre los hombres partidarios del movimiento como entre los partidarios de la resistencia, existe la idea de que una revolucion, cuando se halla atacada en su origen, puede ser detenida, rechazada, esquivada, ó desnaturalizada; para esto solo se necesitan dos cosas: la astucia y la fuerza. Uno de los escritores mas juiciosos de nuestros tiempos, M. Droz, de la Academia francesa, ha escrito una historia sobre el reinado de Luis XVI durante el que, según él, se hubiese podido evitar la revolucion que le cortó el trono y su existencia. Blanqui, uno de los mas inteligentes revolucionarios de nuestros dias, dice, así mismo, que con una energia y habilidad suficiente, el poder tiene medios para guiar al pueblo cómo mejor le parezca, hollar el derecho y ahogar el revolucionario espíritu. Tanto la política del tribuno de Belle-Isle—ruego á sus amigos que tomen la calificacion en el buen sentido de la frase—como la del juicioso Académico, encuentra su origen en su miedo de ver la reaccion, triunfante, miedo que, en mi concepto, no es nada mas que ridículo. Así la reaccion, gérmen del despotismo, existe en el corazon del hombre; se aparece, á un mismo tiempo, en las dos estremidades del horizonte político, y constituye una causa, no pequeña, de nuestras muchas desgracias.

Privar que una revolucion siga su curso! Acaso no es esto una ame-

naza á la Providencia, un desafio al inflexible destino, cuanto, en una palabra, se puede inventar de mas absurdo Privad á la materia que pese, á la llama que arda, al sol que brille!

Con lo que pasa á nuestros ojos, yo mostraré que así como el instinto de la reaccion es inherente á cualquiera institucion social, la necesidad de la revolucion, es, igualmente, irresistible; que todo partido político, sea cual fuere, puede convertirse conforme á las circunstancias en revolucionario y reaccionario; que estos dos extremos reaccion y revolucion, correlativos uno de otro, y engendrándose mutuamente, son, en los conflictos, esenciales á la humanidad: de suerte que para evitar los escollos que á derecha é izquierda amenazan á la sociedad, el único medio que existe—al revés de lo que la Legislativa actual se lisongea de hacer—es que la reaccion transija perpétuamente con la revolucion. Acumular los agravios, y, si puede emplear esta frase almacenar, con la represion, la fuerza revolucionaria, equivale á que se franquee de un golpe todo el espacio que la prudencia manda salvar poco á poco y sustituir al tranquilo y pacífico progreso, el progreso realizado con saltos y sacudidas.

Quién ignora que los mas poderosos monarcas han dejado un ilustre nombre en la historia haciéndose revolucionarios á medida que las circunstancias lo exigian? Alejandro de Macedonia devolvió á la Grecia su unidad; Julio César que fundó el romano imperio sobre los escombros de una venal é hipócrita república; Clovis, cuya conversion fué la señal del establecimiento definitivo del cristianismo en las Galias, y, hasta cierto punto, el origen de la fusion entre las hordas francas en el Océano galo; Carlo Magno que inauguró la centralizacion de los alodios é indicó el punto de donde arrancó el feudalismo; Luis el Gordo, tan querido en el Tercer Estado por el favor que hubo de dispensar al Municipio; San Luis, que organizó los gremios; Luis XI y Richelieu, que dieron el último golpe á la nobleza, fueron todos mas ó menos revolucionarios. La misma noche de San Bartolomé, que en el espíritu del pueblo, de acuerdo con Catalina de Médicis, fué dirigido contra la nobleza, mejor que contra la reforma, ha sido una manifestacion violenta contra el régimen feudal. Pero en 1814, en la última reunion de los estados generales, la monarquía francesa adjuró su papel de iniciadora, y, faltando á sus propias tradiciones, se atrajo el 21 de Enero de 1793, donde espíó su felonía.

Nada tan fácil como el citar mas ejemplos: todo el mundo los suplirá por pocos conocimientos que tenga de la historia.

Una revolucion es una fuerza contra lo que ningun poder, sea divino sea humano, prevalece; una revolucion se engrandece y fortifica en la misma resistencia que encuentra. Se puede dirigirla y moderarla y ya

dige, no ha mucho, que la política mas sábia, consiste en ceder á ella lentamente con objeto de que la evolucion constante de la humanidad se realice insensiblemente en vez de realizarse con sacudidas y trastornos. A una revolucion no se la rechaza ni engaña; nadie la desnaturaliza ni nadie llega á vencerla: cuanto mas se la comprime, mas se acrecienta su impulso: su accion no es resistible. Tan cierto es esto, que para el triunfo de una idea lo mismo dá que se la persiga ó se la dege en sus principios, como que se la permita desenvolverse y propagar sin ningun género de vallas. A semejanza de la antigua Némisis, que ni las amenazas ni los ruegos eran bastante á impresionar, la revolucion avanza con sombrío y fatal paso sobre las flores que la echan sus devotos, en la sangre de sus defensores, y sobre los cadáveres de sus mismos enemigos.

Cuando en 1822 las conspiraciones cesaron, no faltó quien creyese que la restauracion habia vencido la Revolucion. En esta época bajo el ministerio Villele y á propósito de la expedicion á España, se la prodigaron toda clase de insultos. Pobres locos! la Revolucion habia pasado; mas los aguardaba en 1830.

Cuando en 1839 y despues de la tentativa de Blanquí y de Barbes se dispensaron las sociedades secretas, pensóse, tambien, en la inmortalidad de la joven dinastía: no parecia sino que el progreso estaba á sus órdenes. Los años que siguieron fueron los mas brillantes del reinado. Y sin embargo á partir de 1839 la clase media se empezó á coaligarse; el pueblo se amotinó, hasta que, por fin, llegaron las jornadas de Febrero. Quizá con mas prudencia ó mas audacia, se hubiese prolongado la existencia de esa monarquía esencialmente reaccionaria; pero la catástrofe, retardada, hubiera sido mucho mas violenta.

Despues de Febrero, se ha visto como los jacobinos, los girondinos, los bonapartistas, los jesuitas, todos los partidos de otras épocas—casi he nombrado todas las fracciones sucesivamente contrarrevolucionarias de los pasados tiempos—se ha visto como estos partidos querian ahogar una revolucion que ni tan solo fué comprendida. Hubo un instante en que la coalicion fué completa: El partido republicano casi habia cedido. Pues bien: que la coalicion insista, que se obstine en la realizacion de sus planes: su derrota será mas completa. Si la revolucion pierde terreno, luego avanzará á grandes pasos: esto es tan fácil de comprender como un axioma geométrico. La revolucion no suelta el bocado por la misma razon de que nunca se perjudica á sí misma.

Las revoluciones empiezan siempre con las quejas del pueblo que son la acusacion contra un estado de cosas vicioso y en el cual la clase pobre es siempre la víctima. Las masas no se sublevan mas que contra

lo que les daña en su constitucion física ó moral. Y es esto un motivo para que se los persiga y se egerza en ellas toda clase de venganzas ¡Qué locura! Un gobierno cuya política se funda en no escuchar la voz del pueblo, y en rechazar sus quejas, se denuncia á sí propio: es como el bandido que acalla sus remordimientos con la ejecucion de nuevos crímenes. En cada atentado la conciencia ruge mas fuerte y mas terrible, hasta que, por fin, el culpable se turba, y entrega al verdugo su existencia.

Para conjurar los peligros de la revolucion no existe mas que un medio: el hacer justicia. El pueblo sufre y no está contento de su suerte: es un enfermo que gime, un niño que llora. Id hacia él, atended sus quejas, estudiad las causas de la enfermedad, preveed sus consecuencias y luego, sin vacilacion de ningun género, tratad de socorrer al paciente. Entonces la revolucion se desenvolverá sin motines ni trastornos, como el desenvolvimiento natural del antiguo orden de cosas. Nadie la verá, nadie tendrá conciencia de su vida. El pueblo agradecido os llamará sus bienhechores y os considerará sus representantes, sus gefes. De este modo, en 1789, Luis XVI fué saludado por el pueblo y la asamblea como *el Restaurador de las libertades públicas*. En aquel momento de gloria, Luis XVI, mas poderoso que Luis XIV, su abuelo, podia consolidar su dinastía por muchos años y siglos: la revolucion se le ofreció como un medio para reinar sin trabas; pero el insensato no vió en ella mas que una cortapisa á sus derechos y llevó su ceguera hasta el instante en que subió al cadalso. Desgraciadamente una revolucion pacífica es harto ideal para que la belicosa humanidad pueda admitirla. Rara es la vez que los acontecimientos sigan su curso natural y menos perjudicial y ruidoso. Verdad es que no faltan pretextos para ello. Así como la revolucion encuentra su origen en la violencia de las necesidades, la reaccion encuentra el suyo en la autoridad de la costumbre. Siempre el *statu quo* quiere prescribir contra la miseria: de ahí que la reaccion obtenga, al principio, la misma mayoría que la revolucion al fin. En esta opuesta marcha, donde lo que es en provecho de la una es en perjuicio de la otra, se deben temer grandes y rudos combates.

Así, pues, dos son las causas que se oponen al cumplimiento normal de una revolucion cualquiera: los intereses creados, y el orgullo del gobierno.

Por una fatalidad que se explicará mas tarde, estas dos causas obran siempre en armonía. La riqueza, el poder y la tradicion, se encuentran á un lado, mientras que la pobreza, la desorganizacion, se encuentra al otro; el partido victorioso no quiere hacer concesiones en tan-

to que el derrotado no quiere resignarse y de ahí lo inevitable del conflicto.

Nada es, entonces, tan curioso como el seguir las peripecias de esta lucha en que todas las probabilidades van en contra á la idea de progreso, mientras que los elementos de éxito se hallan, por el contrario, á favor de la resistencia. Los que no ven las cosas, incapaces de comprender un desenlace que nadie, en su concepto, adivina, atribuyen su derrota ya al azar, ya al crimen de este, ya á la mala fé de aquel, ya, en fin, á todos los caprichos de la fortuna y á las pasiones del hombre. Mas las revoluciones, que para algunos hombres de talento y que figuran en estos dias son verdaderos mónstruos, para los que mas tarde las historian, no son mas que juicios del Ser Supremo. Qué no se ha dicho de la revolucion de 89? Hoy dia aun dura la incertidumbre acerca esta revolucion confirmada sucesivamente por ocho constituciones; que ha removido, en su misma base, la sociedad francesa, y destruido hasta el recuerdo del feudalismo antiguo. Aun no nos hemos formado una idea de su necesidad histórica; aun no hemos comprendido sus maravillosos triunfos. La reaccion actual se ha organizado en ódio á sus principios y tendencias y entre los que defienden la reforma de 89 los hay que gritan justicia para sus mismos continuadores: segun ellos, escapados por milagro de la revolucion primera, no quieren esponerse á la segunda. Todos pues se hallan acordes en resistir; pero creyendo estar seguros de la victoria y del derecho, multiplican en torno suyo los riesgos por los mismos medios con que tratan de evitarlos.

Qué enseñanza, qué prueba será lo bastante á sacarles de su error si su esperiencia no llega á convencerles?

Yo probaré, en las diferentes partes de este libro—y desde este momento lo estableceré de un modo irrecusable—que la revolucion, desde hace tres años, ha continuado su marcha por la reaccion, blanca, roja, tricolor que la ha admitido; y cuando afirmo que ha continuado su marcha, tomo la palabra en el sentido de la determinacion de la idea, así como de la propagacion del hecho. Si la revolucion no existiese, la reaccion la inventaria. La idea que se concibe vagamente por el aguijon de la necesidad y que luego se engrandece y formula por la contradiccion, se convierte rápidamente en un derecho. Y como los derechos son tan solidarios que no se puede negar uno sin sacrificar los otros, resulta, de ahí, que un gobierno reaccionario se vé arrastrado por el fantasma que persigue y que á fuerza de querer salvar la sociedad de la revolucion, concluye por interesar en esta misma revolucion á la sociedad entera. Así la vieja monarquía desprendiéndose de Turgot y de Necker, oponiéndose á todas

las reformas, disgustando á la clase media, al clero, al parlamento y á la nobleza, creó, ó mejor dicho, hizo entrar en el mundo de los hechos la revolucion que desde aquel dia no cesó de aumentar, de embellecer y de estender sus conquistas.

II.

PROGRESION PARALELA DE LA REACCION Y DE LA REVOLUCION DESPUES DE FEBRERO.

En 1848 el proletariado, interviniendo, de pronto, en la querrela entablada entre la clase media y la corona, hizo oír su grito de miseria. Qué es lo que ocasionaba esta miseria? la falta de trabajo. El pueblo demandaba trabajo y su peticion no podia ser mas modesta. Los que acababan de proclamar la república, se lo habian prometido, y de ahí que entusiasmado abrazara la causa republicana. A falta de un interés mas positivo, el pueblo aceptaba un asignado que debía pagar el nuevo orden de cosas. Era lo bastante para que tomara bajo su proteccion á la república. Y quién habia de creer que desde el siguiente dia los que habian firmado el billete no pensarian mas que en quemarlo? Trabajo para alcanzar el pan cotidiano: he ahí la peticion que en 1848 hicieron los obreros, he ahí la base inquebrantable dada á la república, he ahí la revolucion verdadera.

Una cosa es el 25 de Febrero de 1848 en que se proclamó la República, por una minoría mas ó menos inteligente mas ó menos usurpadora, y otra cosa es la cuestion revolucionaria del trabajo, que dió, por sí sola á esta República y á los ojos de las masas, un valor real y positivo. No; la República de Febrero no es la revolucion, es tan solo su prenda. A los que han gobernado esta República no se les debe agradecer que no haya muerto: el pueblo en sus próximos comicios fijará las condiciones con que, en lo sucesivo, les entregará este depósito.

Por de pronto la demanda del trabajo no pareció á los nuevos gefes — que hasta entonces no se habian ocupado de economía política — tener nada de exorbitante. Por el contrario, era objeto de felicitaciones mútuas. Qué pueblo era este cuando en el dia de su triunfo no exigia pan ni circo, como en otro tiempo el populacho romano: *panem et circences*, sino únicamente trabajo! qué garantía de moralidad de disciplina y docilidad entre las clases obreras! Qué prenda de seguridad para un gobierno! El gobierno provisional—necesario es confesarlo—llevado de sus buenos sentimientos y con la mejor buena fé proclamó el *derecho al trabajo*. Sus frases indicaban su ignorancia, mas su intencion era loable. Y qué no

se puede hacer de los franceses con la proclamacion de cierto género de ideas? no habia un hombre de la clase media, por mas arisco que fuese, que en aquel instante, si se le hubiese dado el poder, no hubiese dado trabajo á todo el mundo. *Derecho al trabajo!* El gobierno provisional reivindicará ante la posteridad la gloria de esta fatídica palabra que ratificó la caida de la monarquía, sancionó la república y dá impulso á la revolucion que se opera.

Pero no todo consiste en prometer: es necesario cumplir.

Contemplando los hechos de cerca, vióse luego, que el derecho al trabajo era algo mas escabroso de lo que se creyó en un principio. Después de muchos discursos el gobierno que gastaba 1500 millones para mantener el orden, cayó en la cuenta de que no le restaba un céntimo para asistir á los obreros; que para ocuparles y satisfacer su salario, necesitaba fijar nuevos impuestos con lo cual improvisaba un círculo vicioso, toda vez que los mencionados impuestos habian de sacarse de entre los mismos á los que se intentaba prestar auxilio; que, fuera de esto, el Estado no podia hacer concurrencia á la industria privada la cual carecia de alimento, y solicitaba nuevos mercados; que los trabajos emprendidos bajo la direccion de la autoridad costaban mas que lo que realmente valian y que, en fin, la iniciativa industrial del Estado, fuese cual fuese, no podia aliviar, sino empeorar la situacion de los obreros. Bajo tal concepto y teniendo en cuenta estos y otros motivos, el gobierno dió á entender que nada podia hacer en obsequio al obrero, que era imprescindible el resignarse, que el mantenimiento del orden era la primera razon del Estado, y que, en fin, se debía tener paciencia y confianza.

El gobierno—necesario es confesarlo—tenia razon hasta cierto punto. Para asegurar el trabajo y el cambio á todo el mundo, se hacia imprescindible variar de direccion modificar la economía social: cosa grave que no estaba en la competencia del gobierno y sobre lo que debía consultar al pueblo. En lo que se refiere á los planes que entonces se propusieron y á las conferencias casi-oficiales con que se divirtió la holgura de los obreros, no merecen ni los honores de la crítica ni los mismos de la historia. Solo fueron un pretexto para que la reaccion obrara en el seno del mismo partido republicano.

Pero donde empezó obrar mal el gobierno, lo que exasperó á los proletarios y que de una simple cuestion económica, se convertirá quizá, antes de diez años, en la revolucion mas radical, fué cuando se vió que el gobierno en vez de provocar, como Luis XVI, las teorías de los publicistas, en vez de llamar la atencion de los ciudadanos y de solicitar acerca la gran cuestion del trabajo y la miseria, la espresion de sus su-